

A vibrant pink chocolate shop named 'CHOCOLATES' with large windows and a blue bench. The shop has a sign that says 'Welcome' and 'PREMIUM QUALITY'. There are flower pots and a bench in front of the shop.

CHOCOLATES

Una serie
★★★★★
bestseller

MANUELA INUSA

La chocolatería de los sueños

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

m̄

MANUELA INUSA

LA
CHOCOLATERÍA
DE LOS
SUEÑOS

Serie Valerie Lane

Traducción de Noelia Lorente Romano

mr ediciones martínez roca

Título original: *Die Chocolaterie der Träume*

© Blanvalet Verlag, una división de Grupo Editorial Random House GmbH, Múnich, Alemania, 2018. www.randomhouse.de
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com
© por la traducción, Noelia Lorente, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-270-4629-0
Depósito legal: B. 15.786-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Keira entró en su tienda, Keira's Chocolates, y se apresuró a encender la calefacción. Fuera estaba helando. Sobre todo debía tener cuidado de que las estancias no se calentaran en exceso si no quería que los bombones se derritieran, pero no podía permitir que sus clientes pasaran frío. Y a ella tampoco le apetecía ponerse a tiritar.

En los últimos meses la calefacción había dejado de funcionar porque las tuberías se habían congelado, y eso se había notado enseguida: los clientes no se quedaban tanto en la tienda; no tenían tiempo de conversar ni sentían curiosidad por saber cuáles eran las últimas y deliciosas novedades que ella misma elaboraba con cariño. Habían puesto pies en polvorosa para entrar en calor en alguna de las tiendas grandes de Cornmarket Street. Para colmo, esas tiendas de la avenida comercial con sus grandes volúmenes de venta resultaban ser una espina clavada en el costado para las cinco amigas de Valerie Lane, que intentaban sobrevivir un mes tras otro. La competencia era enorme, pero, por suerte, la clientela era fiel y sabía

apreciar precisamente el toque personal que distinguía a Valerie Lane del resto de las calles. En aquel lugar se aconsejaba a los clientes, se les daba conversación de modo agradable; en aquel lugar los clientes sabían lo que compraban, y Keira agradecía tener a cada uno de ellos porque le permitían mantener abierta su chocolatería.

La joven de veintinueve años se quitó el gorro y se pasó la mano por el cabello castaño que le llegaba a la altura del hombro, y que aquel día llevaba suelto. A continuación se frotó las palmas y sopló en el aire para ver si podía sentir su aliento en mitad del frío. Algo se notaba, sí, aunque el calor era más intenso a medida que pasaban los minutos. Se dirigió a la ventana, desde donde podía ver a su amiga Orchid, que arreglaba su escaparate al otro lado de la calle. Aún no había rastro de ningún cliente. Keira pasó por delante de las estanterías blancas principales en las que se hallaban las diferentes variedades de galletas en fila: en cajitas, latas y en bolsitas de celofán. Había decorado un poco aquí y allá, no demasiado, ya que era importante que se vieran los productos. Aun así, en la tienda de regalos de Orchid siempre encontraba algún precioso complemento nuevo que encajaba a la perfección y hacía destacar algo más la presencia de sus dulces. En su caso, junto a las sencillas cajitas blancas llenas de galletas de coco, había un jarrón de color rosa pálido con un ramo de rosas rojas y blancas. Parecían tan auténticas que nadie se había dado cuenta de que estaban hechas de seda. Las pequeñas latas de metal con galletas de menta estaban

en una estantería adornada con aquel cisne rosa chillón que había sido de lo más exitoso para Orchid el año anterior.

La tienda de Keira, con su interior dividido en dos estancias, contaba con pequeños adornos sólo allí donde era necesario. Dominaba el color rosa o los colores femeninos para llamar la atención de su principal clientela, aunque había habilitado un rincón extra con ositos de chocolate y dulces variopintos para los niños y otro para la clientela masculina, con surtidos de chocolate negro y bombones de coñac, pequeñas tabletas de chocolate con *bourbon* de Canadá, mazapán de Alemania y cigarrillos de chocolate de Francia. Dicha zona la había decorado con una vieja caja de puros de madera y un reloj de bolsillo dorado que había tomado prestado de la tienda de antigüedades de su amiga Ruby. Estaba orgullosa de poder contar un amplio surtido internacional, pero, sobre todo, de los bombones y las trufas que elaboraba ella misma, y que se vendían especialmente bien. Desde siempre.

Sí, en Valerie Lane aún cobraba valor todo lo que se elaboraba de manera artesanal y con cariño. Laurie preparaba un gran número de mezclas de té en la Tea Corner; en Wool Paradise, Susan vendía, además de cualquier tipo de lana imaginable, artículos que ella misma tejía o hacía de ganchillo; Orchid vendía velas hechas a mano. Y Ruby, con su tienda de antigüedades, dedicaba casi cada fin de semana a recorrer expresamente los mercados de segunda mano de la ciudad buscando con mucho cariño las últimas antigüedades que ofrecería a sus clientes.

En la tienda vacía que se hallaba entre Susan's Wool Paradise y Orchid's Gift Shop se podía comprar helado casero hasta hacía tres meses. La propietaria anterior de Donna's Ice Cream Parlour había decidido cerrar la heladería para irse a Holanda con el amor de su vida. Desde entonces, la tienda no tenía dueño. Keira estaba segura de que pronto la ocuparía alguien nuevo de quien todos se sentirían orgullosos en Valerie Lane. El señor Spacey, el administrador, tendría cuidado a la hora de escoger a quién confiársela. La antigua calle le importaba tanto como a cada una de ellas. Keira era incapaz de expresar con palabras lo bien que se sentía en Valerie Lane; lo mucho que apreciaba a las otras dueñas de las tiendas y la felicidad que le sobrevinía cada mañana al entrar en su pequeño local.

—Buenos días, señorita Buckley —oyó desde la puerta. No había escuchado el fuerte sonido de la campanilla, de nuevo estaba pensando en las musarañas.

—¡Muy buenos días, señor Monroe! —Keira se recogió el pelo en una cola de caballo alta con la goma que llevaba en la muñeca, y se colocó detrás del mostrador.

El hombre de unos cincuenta y tantos años con barba de chivo que vivía encima de la tienda de regalos de Orchid le dedicó una sonrisa y se acercó a la vitrina donde Keira había puesto los bombones y las trufas que había hecho.

—Hoy vuelve a hacer mucho frío. —Se quitó los guantes de cuero y fingió un escalofrío para subrayar sus palabras—. Brrr.

—Y que lo diga. ¿Qué puedo hacer por usted? —dijo obsequiándole con una amable sonrisa.

—¿No tendrá esas trufas de ron que...? ¡Ay, sí, acabo de verlas! —Se alegró complaciente mientras observaba ansioso una montaña repleta de bolas de color marrón oscuro con forma de bola.

—Por supuesto que sí. Precisamente hice más antes de ayer.

—¡Excelente! Entonces ya me puede poner doscientos cincuenta gramos.

—Será un placer. —Keira escogió una de las bonitas cajas hechas con papel blanco fino y brillante, con sencillos adornos de arabescos dorados en la tapa, y comenzó a llenarla. Luego la pesó y cogió con la pinza otra variedad de bombón que añadió como un pequeño extra—. Le he puesto uno de los nuevos bombones con crocante de almendra, ¿le parece bien? Es para que lo pruebe.

—Es usted un tesoro.

En realidad, sí que lo era. Todos sabían apreciar su generosidad. Bueno, casi todos...

—Aquí tiene. Son doce libras con setenta.

El señor Monroe pagó y le deseó un buen día. Una ráfaga de aire helado entró cuando el hombre abrió la puerta para seguir su camino. Keira se dejó caer en su taburete. Se quedó observando fijamente una de las florecillas azules de la blusa que llevaba a juego con su vaquero preferido, y dio un suspiro.

Hoy era uno de esos días en los que, a pesar de gus-

tarle tanto su pequeña tienda, hubiese preferido quedarse encerrada en casa. Aún podía sentir en la piel la escena que había vivido con Jordan la noche anterior. Era increíble cómo unas palabras hirientes podían arrebatarse la fuerza de aquel modo.

Jordan era su novio desde hacía ocho años, y llevaban cinco viviendo juntos. Se habían mudado el mismo año que Keira abrió su chocolatería. Un buen año: tenía que ser el mejor de su vida. ¡Cómo le gustaba pensar en los buenos tiempos! Pero, a partir de entonces, todo se había ido deteriorando. Al menos, su relación con Jordan. Cada año que pasaba, cada mes que pasaba iba de mal en peor. A menudo se preguntaba por qué Jordan se había ido a vivir con ella teniendo en cuenta que lo único que hacía era criticarla. No paraba de quejarse, sus comentarios eran cada vez más desagradables y ella tenía la impresión de que nunca volvería a hacer nada que a él le gustara.

Sí, ya sabía que había cambiado físicamente durante los últimos años. Desde que tenía la chocolatería se había vuelto más golosa. Pero si comía, lo hacía sobre todo porque se sentía triste. Comía de manera compulsiva y, según Jordan, sólo ella tenía la culpa. Era un círculo vicioso y no parecía tener salida.

«¡Madre mía, qué ajustado te queda ese pantalón!» Las palabras con que Jordan la había recibido aún resonaban en su mente.

Todo había sucedido la noche anterior. Volvía del tra-

bajo haciendo equilibrios con las cajas de comida china que había comprado de camino a casa. Por si fuera poco, también llevaba dos cajitas llenas de fruta deshidratada que iba a bañar con chocolate.

—Muy amable, gracias —le replicó ella enseguida—. ¿Me ayudas con todo esto?

—¿Otra vez comida china? ¿No sabes que no es bueno comer tantos hidratos de carbono por la noche?

—Claro que lo sé. Me lo dices continuamente.

—Eres como una niña pequeña. Aunque te lo digan cien veces, no hay manera de que lo entiendas.

Niños. Otro tema doloroso.

—¿Y qué opinas que debo hacer? ¿No comer nada en absoluto?

Creía que Jordan exageraba. Medía un metro sesenta y cuatro y pesaba setenta y siete kilos. De acuerdo, estaba lejos de estar delgada. Pero ¿gorda? Sus amigas Laurie, Susan, Orchid y Ruby no paraban de decirle que aquellos kilos de más le sentaban bien; que la hacían más femenina. Al parecer, Jordan era el único que no pensaba lo mismo.

—Podrías comerte una ensalada. —Jordan, un metro ochenta y tres, rubio y en buena forma, se colocó bien las gafas sobre su nariz algo torcida. Es posible que ése fuera su único defecto.

—Me he pasado todo el día en la tienda. Tengo hambre.

—No me digas que no has comido nada en todo el

día. Seguro que te has comido más bombones de los que has vendido.

¡Era tan cruel! A pesar de que todo lo que dijese fuera medio en broma o con una pizca de sarcasmo, ella sabía que lo decía en serio. Pero no, no tenía ganas de discutir otra vez. En ocasiones se preguntaba por qué Jordan tenía que provocarla siempre de aquel modo. ¿Lo hacía para divertirse o para herirla?

—Tú también podrías haber preparado una ensalada. O alguna cena más ligera, ya que estás en contra de los fideos chinos y los rollitos de primavera.

—No tengo nada en contra. Te los puedes permitir sin ningún problema si haces deporte. Y, por cierto, en mi caso me he pasado todo el día haciendo ejercicio. He estado en el gimnasio, así que tampoco he tenido tiempo de cocinar.

El gimnasio. Era allí donde Jordan pasaba sus domingos mientras Keira estaba en la tienda. Los comercios de Valerie Lane, como la mayoría de los que había en Oxford, abrían los domingos.

—Entonces parece que estamos entre la espada y la pared, ¿no? —se enfadó ella.

—Sí... —Jordan se levantó y miró las cajas de comida china. A continuación se las llevó a la cocina, molesto, y sirvió la comida en un plato.

¿Era fruto de su imaginación o de verdad se había puesto en su plato una parte de la porción que le correspondía a ella?

—Buen provecho —dijo Keira. Oyó que Jordan re-
funfunaba.

La campanilla de la tienda sonó. Keira se levantó con un suspiro y sonrió.

—Hola, Barry.

Barry estaba saliendo con Laurie, su amiga de la tienda de al lado. Era su proveedor de té. Keira había observado durante meses lo tímidos que eran ambos, y lo mucho que les había costado acercarse el uno al otro antes de tener por fin su primera cita. Ahora eran tan felices como cualquier otra pareja. Sin embargo, Keira sufría cada vez que los veía juntos: era como si le estuviesen clavando un puñal en el corazón. De igual manera le dolía ver a Orchid con Patrick, el amor de su vida. Evitaba tener a su lado parejas acarameladas, cogidas de la mano o besándose. Prefería refugiarse del mundo metiéndose debajo de su manta.

—Hola, Keira. Oye, quería pedirte un favor. Tú conoces a Laurie hace mucho más tiempo que yo. Dentro de dos semanas es San Valentín y... ¿Qué crees que le haría ilusión que le regalaran? Me refiero a algo que le gustase mucho.

Keira no tuvo que pensárselo dos veces.

—Llévala de viaje a algún sitio. Hace mucho que no va de vacaciones, probablemente le sentará bien y le gustará seguro.

—¿Un viaje? ¿Tú crees que cerraría la tienda para irse de viaje?

—¿Para ir de viaje con el hombre de sus sueños? ¡Seguro que sí! Además, aunque al principio ponga algún inconveniente... A veces hay que obligar a Laurie a que sea feliz.

—De acuerdo. ¡Si tú lo dices! Ya pensaré en algo.

Keira asintió y confió en que a Barry no se le ocurririese aquella idea estúpida que había tenido Jordan el verano anterior de hacer una excursión con ella en bicicleta de montaña por toda Francia. No podría imaginarse algo menos romántico. En realidad, él tampoco deseaba que ella lo acompañara; de eso estaba segura. Como mucho lo decía para que hiciese más deporte, para que adelgazara y se convirtiera en la persona que un día había sido. Aun así, dudaba que algún día volviese a ser la misma persona que había sido hacía años. En todo caso, no con Jordan a su lado.

Además de su vecina de tienda, Laurie también era su mejor amiga. Le había dicho muchas veces que no tenía por qué pasar por todo aquello, que debía marcharse sin más. Jordan y ella no estaban casados ni tenían hijos, así que era fácil hacerlo.

Sí, para Laurie era fácil decirlo. Pero no era tan fácil en muchos aspectos. Para empezar, Keira no sabía si sería capaz de pagar ella sola los gastos del alquiler y otros gastos añadidos, además de los derivados de la chocolatería. Jordan se encargaba de pagar la mayor parte de las factu-

ras, ya que era dentista y se ganaba muy bien la vida. Por otro lado, Keira tampoco sabía si podría quedarse en el piso. ¿Qué pasaría si Jordan la echaba de casa? ¿Adónde iría? ¿Y qué haría ella totalmente sola? Estaba tan acostumbrada a tener a alguien a su lado que se imaginaba a sí misma muy sola al quedarse sin pareja. Pero la verdadera razón era que, a pesar de todo, seguía amando a Jordan. Siempre quiso formar una familia con él, tener niños, y no perdía la esperanza de que algún día él también se daría cuenta de que deseaba lo mismo. Ése habría sido su regalo perfecto de San Valentín. Quizá debería comentárselo a sus amigas, por si acaso Jordan quisiera ir a ver a alguna de ellas para preguntárselo.

Pero Jordan no era como Barry. Jordan era una leve esperanza a la que Keira se aferraba como si fuese la cinta de un globo. Aun sabiendo que aquel globo se había desinflado hacía tiempo y había acabado volando lejos de sus manos.

La cinta flácida que colgaba hacia abajo, por cierto, era la metáfora perfecta de cómo se sentía últimamente: exhausta y sin ganas de vivir.

—Tienes razón. Quizá podría ir a Escocia con ella para presentarle a mi hermana y a mis encantadores sobrinitos —dijo Barry. Llevaba puesta su camisa de leñador y le brillaba la mirada mientras cavilaba.

Keira sonrió con lágrimas en los ojos.

—Seguro que le encantaría.

—¿Va todo bien, Keira?

Ella asintió.

—Muy bien.

—¿Has vuelto a discutir con Jordan? —En los seis meses que llevaba saliendo con Laurie se había enterado de más cosas de las que ella hubiese preferido.

—Sí. Bueno... —Se encogió de hombros.

—No te mereces a ese tipo.

—Lo sé.

—Entonces seguro que también sabes que en la vida hay hombres mejores que ése, ¿no?

¿Era eso cierto? ¿Y podría encontrar a uno así?

—¿Te gustaría probar uno de mis nuevos bombones con crocante de almendra? —preguntó ella para cambiar de tema y evitar un ataque de llanto delante de Barry.

—Será un placer.

Keira cogió uno de ellos con las pinzas y se lo alcanzó por encima del mostrador. Barry le dio un mordisco enseñada, sin poder resistirse.

—Vaya, están riquísimos. ¿Me pones algunos?

—No tienes por qué comprarme nada sólo porque quieras animarme. —Ella rio entre sus lágrimas.

—Son deliciosos, de verdad.

—Está bien. —Keira puso seis bombones cuadrados en una bolsita y se la dio a Barry—. Yo invito. Gracias por ser tan amable conmigo.

Barry hizo una mueca de compasión.

—Barry, escúchame. No soy un gato al que le falte una pata ni tampoco soy Gary, que está durmiendo en la

calle con este frío. —Gary era un joven sin techo que casi siempre se ponía en la esquina de Valerie Lane con Cornmarket Street—. Estoy bien, ¿entendido?

—Entendido. Gracias por los bombones. —Alzó la bolsita y se dirigió a la puerta. Dejó que entraran dos mujeres mayores antes de despedirse con la mano.

—Adiós, Barry —dijo Keira con un suspiro.

Consideraba que Laurie había tenido muchísima suerte. Había encontrado, literalmente hablando, una aguja en un pajar. Era bastante improbable que algo así pudiese sucederle a ella.

Venga, ¿de hecho, qué problema tenía? Acababa de hacerle creer a Barry que estaba bien. No pasaba hambre ni tenía que dormir a la intemperie. Además, todavía conservaba sus dos piernas. No podía irle mejor.

El problema era que le resultaba muy difícil mentirse a sí misma.